SABADO PRIMERO

Nuestra Señora de Pontmain

La aldea.—La familia.—Los niños.—Ocupaciones humildes.

DULCES y buenas niñas, voy á contaros una reciente historia, tan bella como verdadera, por la cual vereis cuánto quiere á los niños la Madre de Dios, la inmaculada Virgen María. Estad atentas, y os la iré refiriendo los sábados, por ser este el día que especialmente le está consagrado, y para que tomeis la piadosa costumbre, de leer todos los sábados algún libro que os hable de vuestra buena Madre.

Hay en Francia, á los confines de la Diócesis de Laval, una aldea corta llamada Pontmain, (que se pronuncia Ponmén,) habitada por unas quinientas personas, fieles á las leyes de la santa Iglesia, y dóciles á los cuidados del piadoso Cura que la gobernaba. Entre esas buenas gentes vivía

una familia de apellido Barbedette, compuesta del padre, de la madre, y de tres hijos, el mayor de los cuales había ido al ejército, como por allá se acostumbra; el que seguía, llamado Eugenio, había llegado á la edad de doce años, y el más chico tenía diez, y llevaba el nombre de José. En esta familia, todos eran muy cristianos, y los hijos seguían como ordinariamente sucede, los santos ejemplos de sus padres.

El día 17 de Enero de 1871, al salir de la clase por la tarde los dos niños, Eugenio y José, fueron á reunirse con su padre que estaba en la granja picando el pasto para dar de cenar á los caballos, porque eran gente pobre y trabajadora, y aun los niños se pusieron á ayudarle. A poco de haber empezado aquella ruda tarea, una mujer que tuvo que entrar á la granja, dejó la puerta entreabierta. Eugenio salió á fuera, sólo para ver el tiempo, porque estaba haciendo mucho frío, y el suelo se miraba cubierto de nieve. Mas de improviso, y sobre el techo de una casa cercana, va mirando una grande y hermosa Señora que llevaba un vestido azul de mangas anchas y sembrado de estrellas, y que le bajaba hasta los piés; su calzado, del mismo color, dejaba ver por encima una especie de flor formada por una cinta de oro; en la cabeza llevaba un velo negro y encima de él una corona de oro. Su cara era pequeña muy blanca y de incomparable hermosura: llevaba las manos extendidas como se ven en las imágenes de la Inmaculada Concepción, y clavaba en Eugenio su mirada, con inefable sonrisa:

Hasta aquí os refiero, niñas, y os ruego hagais estas reflexiones: 1.ª Cómo los niños Eugenio y

José, eran muy dóciles y buenos con sus padres; imitadlos vosotras. 2.ª Cómo, á pesar del mucho frío y del mal tiempo, no dejaban de ir á sus clases; así no falteis sin grave causa á la escuela; 3.ª Cómo, saliendo de la escuela, no iban luego á jugar ni á pasear, sino á trabajar y á ayudarle á su padre; así vosotras ayudad á vuestra madre en lo que podais, y no seais amantes sólo de los juegos y pasatiempos.

Hasta el otro sábado, pues, mis queridas amiguitas.

SEGUNDO DOMINGO

Vida de una Santita de nueve años

II.

Compra un turco rico á la negrita.—La hacen cantar en la comida, y la golpean cruelmente.—Cómprala el P. Olivieri y llévala á curar á casa de unas religiosas.

JOSEFINA continuó su relación de esta manera:

—El turco me llevó á su casa; todo era allí muy bonito, y estaba bien arreglado todo: las paredes estaban cubiertas de una preciosa tela, y el lecho era de oro: había allí otra niña negra más grande que yo, y estábamos las dos siempre juntas, recostadas en el suelo en un rincón de la recámara; y todos los días se preparaba en el

mismo cuarto una mesa para que el turco comiese con sus hermanas, y les llevaban muchas cosas que comer.

Cuando comían nos hacían ir á las dos junto á la mesa; después venía otro turco con cuerdas en la mano que tenían puntas de fierro para picar, y nos hacían cantar: *din, din, din, cabira, alfa, sel Sultan cabira, alfa, etc.*, acompañando con golpecillos que dábamos con la mano en una cosa como tambor; luego que errábamos en algo, nos daba aquel turco tantos golpes que caíamos como muertas; después á puntapiés nos hacían poner de nuevo en nuestro rincón, y los que estaban en la mesa se reían á más no poder. Por eso, cuando veíamos preparar aquella mesa, comenzábamos á llorar; después que ellos habían comido, nos tiraban á nuestro rincón un poco de pan muy duro para nuestra comida; pero una hermana del dicho turco, me daba á escondidas cosas buenas para que comiera, porque me quería y tenía lástima de mí, porque era tan chiquita.

Después de haber pasado así algún tiempo, el turco, que dormía en una cama de oro, mientras que yo dormía en el suelo en la caballeriza, me dijo:

—Quiero venderte, porque no sé qué hacer de tí, pues eres muy pequeña.

Poco después vino Abuya (el padre Olivieri), y él me compró. Mi compañera, al verme partir, comenzó á llorar; pero yo no sé si el turco no quiso venderla, ó si Abuya no pudo comprarla por no tener ya dinero; lo que sé es que Abuya luego que me compró me tomó en brazos, me hizo muchas caricias y me llevó al barco donde estaba Nina (la criada del Padre Olivieri) con otras niñas negras.

Estaba yo tan contenta en compañía de Abuya, que cuando no lo veía comenzaba á llorar, porque cuando estaba con él sentía gran consuelo en mi corazón. Tenía tanto miedo al mar, que de tantos sustos y también á causa de los muchos varazos que había recibido, y porque había estado tanto tiempo sin comer, caí enferma, y tenía una quijada y un ojo tan hinchados, que Abuya se afligía temiendo que me muriera.

Luego que salimos del barco me tomó en brazos y me llevó á una casa de religiosas que estaban vestidas de blanco y negro, y les dijo que tuvieran cuidado de mí, que me curaran, y que dentro de pocos días volvería él á llevarme. Estas religiosas me pusieron en la cama, me dieron unos lavatorios en la mejilla y en el ojo, y en pocos días ya estaba curada.

A poco vino Abuya por mí, me hizo muchas caricias y me condujo al barco con Nina, donde encontré otras niñas negras, entre las cuales estaba María, la que está aquí conmigo, y apenas nos vimos, nos hicimos muchas caricias como si hubiéramos sido hermanas.

Después, cuando estábamos en Turín, preguntó Abuya á Nina quiénes de nosotras se llevaban mejor entre sí. y Nina dijo:

—Tomad á Amna y á Lemona.

Entonces nos llamó á las dos sin que las otras nos vieran y nos dijo:

—Ahora voy á llevar á ustedes, á casa de las Hermanas que quieren mucho á las niñas negras, y les hacen muchas caricias, y les dan cosas buenas; ellas enseñarán á ustedes á conocer y amar á Jesús; así estarán siempre bien, pero procurad ser buenas y amarse la una á la otra, porque

Dios las destina á vivir juntas hasta la muerte.

Después nos dió su bendición, nos abrazó á las dos, y nosotras abrazamos también á Nina, y subimos en un coche para venir á este lugar.

Tal fué la relación de Josefina en su tierna y conmovedora sencillez.

Niñas: ¡qué espantosos trabajos pasan las que no son cristianas! y ¡qué caridad tan grande da Nuestro Señor á algunas personas, como á ese Padre Olivieri, que era un sacerdote que gastó su vida en ir á rescatar niñas negras y llevarlas á algún convento ó casa de Hermanas, á educarlas y hacerlas cristianas! Vosotras debeis tener caridad con los pobrecitos negros, encomendándolos á Dios, pues todavía hay muchos hombres perversos que los van á cojer á fuerza en el Africa, y los atan y los venden á donde pueden. ¡Qué sería de vosotras si hubiérais nacido por aquellas tierras! No dejeis de agradecerle á Dios el beneficio de haberos puesto entre gentes cristianas.

Hasta el domingo.

LOS ANIMALES

II. Habilidad de los animales para mantenerse.— El ermitaño.—La oveja y el cordero.

La primera consideración que tocamos de los animales son las habilidades que el Criador les dió para mantenerse, pues ninguna cosa tiene vida que no tenga su propio mantenimiento con que la sustente, el cual oficio dura cuanto dura esa vida. Comencemos, pues, por la oveja y por el cordero, su hijo, con quien tuvo por bien el Salvador de ser comparado y con esto ayuntemos todos los animales que pacen yerba. Pues todos estos en una dehesa, donde nacen mil diferencias de yerba, de ellas saludables, y de ellas ponzoñosas, y todas de un mismo color, conocen por natural instinto las unas y las otras, y pacen las buenas y no tocan en las malas, aunque padezcan grande hambre, como ya dijimos, lo cual excede la facultad del entendimiento humano que esto no alcanza, mas no el divino que los gobierna. Y así escribe Sulpicio Severo en su diálogo de un santo ermitaño que se mantenía de las yerbas del campo, el cual, como carecía de este conocimiento,

padecía grandes dolores del estómago por las malas yerbas que comía: tanto que á las veces dejaba de comer por no padecer tales dolores. Y como él pidiese remedio al Señor, por cuyo amor aquello padecía, envióle un ciervo con un manojo de yerbas en la boca, el cual echándolas en el suelo, apartó las malas de las buenas, y de esta manera quedó enseñado el Santo por el animal bruto de lo que él por sí no pudiera saber. Tiene también otra discreción la oveja, con toda su simplicidad, que á boca del invierno se da gran prisa á comer con un hambre insaciable, aprovechándose de la ocasión del tiempo por no hallarse después flaca y descarnada en tiempo del frío y de menos pasto. ¡Oh, si los hombres con toda su discreción hiciesen lo que este simple animal sin ella hace, que es aprovecharse de la ocasión y aparejo que en esta vida tienen para hacer buenas obras, por no hallarse desnudos y pobres de merecimientos en la otra! Porque de esta manera no les acaecería lo que dice Salomón: *Por temor del frío no quiso arar el perezoso; y por tanto andará mendigando en el tiempo del estío y no habrá quien le dé.*

El cordero también, con ser animal no menos simple que su madre, cuando entre toda la manada la pierde de vista, anda por toda ella balando; y ella con amor de madre le corresponde al mismo tono para que sepa en donde está, y él entre mil balidos de ovejas semejantes, reconoce el propio de su madre, y pasando por otras muchas madres, déjalas á todas, porque á sola su madre quiere, y de sola su leche se quiere mantener. Y la madre otrosí entre muchos millares de balidos, y de corderos de un mismo tono y de un mismo

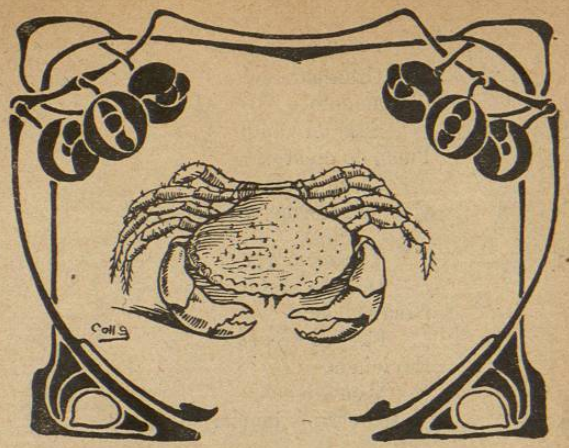
color, á sólo su hijo reconoce. El pastor muchas veces yerra en este conocimiento; mas el cordero y la madre nunca yerran.

Artificio de las zorras.—Elevación del alma á Dios.—Artificio de los ratones.

Tiene, pues, artificio este animal (la zorra) para despedir de sí las pulgas cuando le molestan. Mas ¿de qué manera? Toma en la boca un ramillo, y metiéndose en el agua de algún río ó de la ribera del mar, y retirándose del agua poco á poco hacia atrás, las pulgas, huyendo de la parte del cuerpo que se está mojando á la que está enjuta, proceden de esta manera, metiéndose ella poco á poco en el agua hasta llegar á ponérsele todas en la cabeza; la cual ella también de tal modo zambulle en el agua, que no le queda más que los ojos y la boca fuera. Entonces, saltando ellas en el ramillo que dijimos tener en la boca, suelta el ramo, y salta fuera del agua, libre ya de los enemigos que la fatigaban. Este artificio tan exquisito, ¿quién lo pudo enseñar á un animal bruto sino el Criador? Pues, Señor, ¿qué se os da á vos que las pulgas sean molestas á la zorra, pues ella es á nosotros tan molesta? Sí, da mucho, dirá él; porque aunque se me da poco por ese animalejo, va mucho en que los hombres, por este y por otros ejemplos, entienden cuan perfecta y cuan universal es mi providencia, pues no hay cosa tan pequeña á que no se extienda y que no provea de remedio, aunque sea tan pequeña como esa. De este instrumento con que la zorra pesca, se

sirve también el ratón en otra materia diferente. Porque mete el rabillo en el alcuza del aceite que halla, y después lame lo que con este artificio tan ingenioso pudo sacar de ella.

(Fr. Luis de Granada.)



Fábula 2.ª

El Cangrejo

De un Cangrejo
Ya muy viejo
Otro bicho
Murmuraba,
Porque el dicho
No cesaba
De caminar hacia atrás.

—"¡Infelice!
(Va y le dice)
¿Por qué tardas
En vencerte?
¿Es que aguardas
A la muerte
Para enmendarte quizás?"—

—"Calla el pico,
Gran borrico!
Tu lamento
Será en vano;
Pues, de ciento,
Ni un anciano
Que se reforme verás."—

Ten memoria
De esta historia,
Niña amada;
Pues si creces
Enviciada,
Y envejeces,
No te corrijes jamás.

(Pbro. C. Fernández.)

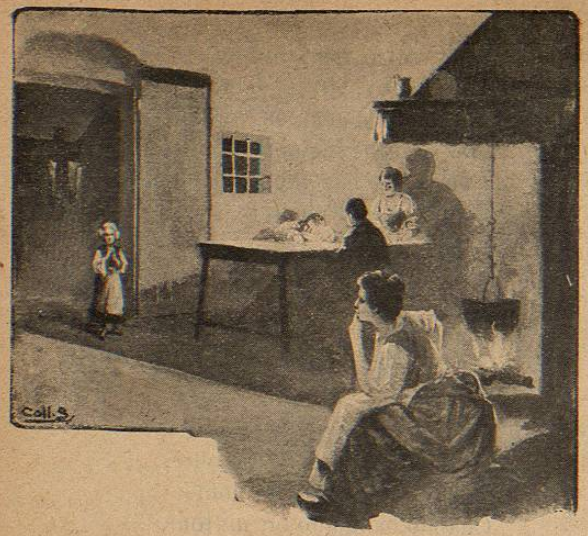
2.ª ADIVINANZA

Somos dos ó más bien tres
(Y aun cuatro en algunas veces)
Y servimos intereses
De grande y noble interés;
De rojo y blanco vestimos
Campánulas parecemos,
Luego negro nos ponemos
O del color que servimos.
Aunque en latín mucho hablamos
En verdad no lo entendemos,
Pues si á decirlo aprendemos
Nunca empero lo estudiamos:
Dos, siempre llevamos luz;
Otro sopla un vivo fuego;

Este ú otro, lleva luego
Libro, agua, birrete ó cruz.
Servimos mucho, es verdad;
Mas á veces inquietamos
Con lo que hacemos ó hablamos
A la gente de piedad.

3.ª ADIVINANZA

Alto soy, alto es mi nombre,
Tengo mesa, mas no como;
Cuando banquete en mí tomo
Come en mi mesa un sólo hombre;
Cárganme de mil primores,
De cosas de oro y de plata,
De bronce y de hoja de lata,
De ramos de mil colores.
Y de seda me recubren:
Ya de blanco ó encarnado,
Verde, azul, negro ó morado,
Con lindo mantel me cubren.
Fijo ó portátil me llaman
Y Sacro luego me aclaman.



SEGUNDO SÁBADO

Nuestra Señora de Pontmain

Sigue la historia de la Aparición.—Los niños.—Los adultos.—La madre.

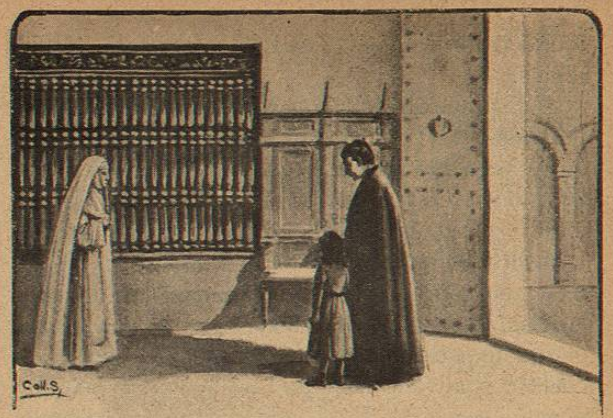
Decíamos, niñas, que Eugenio miró, como sobre el techo de una casa, una hermosa Señora que también á él lo miraba y le sonreía. Bien comprendereis que quien ve una cosa muy bonita y deliciosa, quisiera estarla contemplando largo rato. Así le pasó á Eugenio; pues ya hacía como un cuarto de hora que estaba embebecido en tan encantador espectáculo, cuando la mujer que había entrado á la granja tuvo que salir. Eugenio al verla, naturalmente le preguntó si ella miraba

también lo mismo que él; pero la mujer le dijo que ella nada miraba, lo que, oyendo el hermanito José y su padre de los niños, salieron á ver qué decían ó de qué se trataba, y al oir lo que decía Eugenio, su padre el Sr. Barbedette abría tamaños ojos, pero en vano, porque tampoco él miraba nada, nada absolutamente de lo que el niño decía. Pero José, más dichoso que su padre, de luego á luego echó de ver la maravilla, conforme en todo con lo que miraba su hermano. Su padre de los niños, dando poca importancia al suceso, les dijo: "vamos, vamos á seguir con el trabajo, que se está haciendo tarde, y se acerca la hora de la cena." Apenas habían, pues, vuelto á ponerse á trabajar, cuando el padre dice al niño: "Eugenio: anda, y da una mirada á ver si todavía encuentras á la hermosa Señora." El niño sale al instante, y luego dice: "sí, sí, todo está lo mismo." Y oyendo la respuesta, manda Barbedette á Eugenio que vaya por su madre, para que venga, á ver si ella mira alguna cosa: José sale entretanto, y mirando hácia el cielo, grita tronando las manos, ¡ah qué cosa tan linda! ¡qué preciosa! A poco llega la madre: los niños se ponen á apuntarle el lugar donde ven á la Señora, á decirle cómo está, á describirle cosa por cosa; pero por más que la pobre mujer mira y remira, nada ve más que el azul del cielo como siempre: sólo que sabiendo que sus hijos son ingénuos y nunca finjen las cosas, se muestra propensa á creerles, y les dice: "hijos, ¡no vaya á ser la santísima Virgen; vamos á rezarle unos cinco Padres nuestros con cinco Ave Marías." A esta sazón, algunos vecinos que vivían muy cerca, entrando en curiosidad al oir los gritos y exclamaciones de los niños, acudieron á preguntar qué

pasaba. Barbedette y su mujer les contestaron: "nada, nada, cuentos y alboroto de los muchachos," y despidiéndoles, se encerraron con los dos niños en la granja á rezar los Padres nuestros y Aves Marías, acabados los cuales, díceles la madre: "corran, vayan á ver qué sucede." "Lo mismo, sigue lo mismo", dicen los niños, y la señora añade: voy, pues, á traer mis anteojos, á ver si miro con ellos; pero de nada sirvieron los anteojos, y lo mismo vió con ellos que sin ellos, es decir, sólo vió el cielo raso, por lo que, medio enfadada dice á los niños: "mentirosos! visionarios! ¡qué nos estais volviendo!" Con esto entraron al trabajo, que pronto terminaron y se pusieron á cenar, mas no sin dar antes otra ojeada á la visión, la cual continuaba tan hermosa, que hizo exclamar á Eugenio: "oh, si pudiera, aquí me quedaría yo sin moverme."

Y aquí nos quedamos nosotros, niñas, haciéndoos estas reflexiones: 1.ª ¡Qué niños tan obedientes! Entran á trabajar aunque pierdan su deleite y su gusto, por ser dóciles á la voz de sus padres. ¿Dejais vosotras el juego, la diversión ó la visita cuando os llaman los vuestros? 2.ª ¡Qué amor de la Virgen á los niños! La gente grande, aunque piadosa buena ¡no la ve; sólo los niños no dejan de mirarla; pero ¡qué niños! ¿sois vosotras sencillas, verídicas, dóciles, como ellos, para que nuestra buena Madre os deje verla un día en el cielo? 3.ª ¡Qué ardiente deseo de estar con María, muestra Eugenio! si pudiera, dice, se estaría allí siempre sin moverse. ¿Os estais quietas sin moveros en la iglesia, y deseais estar largo rato con María Santísima, rezándole y alabándola? Ah!

Hasta el próximo sábado, amiguitas!



TERCER DOMINGO

Vida de una Santita de nueve años

III

Llega la niña á un convento de la Visitación.—Cordial recepción.—Caracter de Amna.—Su poca salud.—Crisis terrible.—Angustias de la Religiosa.

Una tarde del 11 de Septiembre de 1853, fiesta del Santísimo Nombre de María, conversábamos juntas después de la cena, dice la Madre Superiora, cuando repentinamente tocan la campanilla de la casa de una manera desacostumbrada.

—¡Bendito sea Dios! es el padre Olivieri; ¡hace tanto tiempo que lo estamos esperando! Pero hélo

aquí con dos niñas negras. Esta vez no nos engañamos.

Estas reflexiones fueron tan espontáneas como unánimes.

—Corro á la puerta, y en efecto, nuestros votos habían sido escuchados. Apresurándome á abrir la puerta del claustro siento latir mi corazón de madre, recibo con trasporte á las dos niñas y las conduzco á recreación: imagínense ustedes las caricias, los besos y las espansiones de una santa alegría de parte de nosotras; todas se apresuraron á servir y aliviar á las que desde ese momento vienen á ser como hijas adoptivas; y las pobres bien lo necesitaban. Desde los piés hasta la cabeza estaban mojadas, y transidas de frío, causando lástima el verlas, pues hacía un viento fuerte y la lluvia caía en abundancia. Amna es el nombre de la niña de quien vamos á hablar aquí, la que era de edad de siete años.

Tenía un caracter algo caprichoso y arrogante: sin embargo, como tenía mucha inteligencia, sabía hablar con oportunidad y de una manera insinuante; tenía un arte maravilloso para atraer á los otros á hacer su voluntad, y el vencer esa voluntad propia es el sacrificio que siempre le ha sido más costoso. No obstante, ayudada de la gracia, alcanzó grandes victorias.

Las aspiraciones de su alma eran generosas, y su porte noble y grave, su amor al aseo y á la limpieza revelaban la nobleza de su orígen.

Aunque al principio no supiese Amna expresarse en italiano, no por eso dejaba de hacerse entender, ya por señas, ya mostrando diferentes objetos; aún le servía de intérprete á su compañera Lemona, sobre la cual, no obstante lo inferior de su edad, ejercía siempre mucho ascendiente.

Jamás gozó la niña de buena salud; constantemente enferma, no podía aplicarse al estudio, para el cual tenía felices disposiciones, y sin embargo, estudió el catecismo con cuidado y con amor, obedeciendo á un secreto impulso del Espíritu Santo, y no podía cansarse de oir las explicaciones de los misterios y de las grandes máximas de la fe.

—Explica, explica todavía,—decía á su maestra,—quiero aprender muy pronto para recibir el santo bautismo.

Otras veces decía, despidiendo profundos suspiros:

—¡Felices ustedes, hermanas mías, que tienen á Jesús en su corazón! ¡Ay! yo aún no lo tengo! Ustedes son hijas de Dios, ¡ay de mí! yo no lo soy todavía.

Esto lo decía con un sentimiento tan profundo, que dejando escapar sus lágrimas, se las arrancaba también á los circunstantes. Nuestra niña africana estaba sujeta á muchas enfermedades: algunas veces era acometida de unos accesos tan violentos de tos, que parecían sofocarla. Una noche sobre todo, fué atacada de una crísis que la redujo al último extremo; atroces convulsiones contrajeron de tal manera su cuerpo, que parecía una pelota: viéndola en tan lastimoso estado y temiendo que se muriese quería yo bautizarla; pero imagínense las angustias de mi corazón en circunstancia tan dolorosa. Yo estaba sola, acababa de mandar á mi compañera á ver á la tornera, para que enviase á llamar á Monseñor y al médico; pero era noche y no podía venir pronto.